

C232  
1985

## Entre el progreso y la crisis

Acaban de publicarse tres datos impactantes.

Mientras en 1970 Chile tenía una mortalidad infantil de casi 80 por mil niños nacidos vivos, hoy ella ha descendido a menos de 20 por mil.

Mientras en 1970 nuestra población urbana que disfrutaba de agua potable era de un 66 por ciento, hoy ella alcanza a un 95 por ciento.

Y mientras en 1970 sólo un 31 por ciento de los chilenos disponía de alcantarillado, hoy dicha cifra supera el 70 por ciento.

Logros como los enunciados podrían multiplicarse para demostrar el enorme avance que el país ha experimentado durante el actual régimen, en lo que se refiere a mejorar la calidad de vida de los chilenos.

Desde el cambio del rostro físico de nuestras ciudades, hasta el extraordinario salto que hemos dado en materia de comunicaciones e informática. Desde la mejoría en el modo de vestir de las grandes masas populares, hasta el desarrollo de manifestaciones culturales que sitúan hoy a Santiago como una plaza artística estimable a nivel mundial. Desde una apertura de Chile

al mundo que nos liberó de vernos forzados a comprar artículos predominantemente caros y malos —permitiéndonos acceder a lo mejor de la producción internacional— hasta el sustantivo adelanto en los conceptos económicos que hoy maneja el ciudadano medio o en la calidad y eficiencia de nuestros empresarios, productores, profesionales y técnicos.

No reconocer y aquilatar debidamente ese progreso, ensombrece nuestras perspectivas futuras.

Sabemos muy bien que los frutos de la gigantesca obra modernizadora de los últimos doce años se ven hoy oscurecidos por una crisis económica gravísima, con sus severas consecuencias de empobrecimiento y desempleo. Sin embargo, una acertada visión de la realidad no puede desconocer —ni minimizar— la raíz básicamente internacional de esa crisis.

Cierto es que se han cometido serios errores en la conducción económica del país durante algunas etapas del actual Gobierno. Pero si se repara en que el deterioro para Chile de los términos de intercambio (es decir, de la relación promedio entre los productos que el país exporta y

aquéllos que importa) y el alza de los intereses internacionales —todo ello comparado con el período 1964-1973— nos ha representado un perjuicio de 42 mil millones de dólares (más del doble del total de nuestra deuda externa), se concluye que ninguna política económica habría podido evitarnos significativamente los rigores de la crisis mundial que nos golpea.

Subrayar esto último no tiene por objeto principal hacer una defensa del régimen gubernativo vigente. Va mucho más allá de eso. Apunta a esclarecer y nutrir nuestro futuro.

Y es que hay dos actitudes vitales contrapuestas para enfrentar el momento.

Una consiste en vocear una pintura unilateral y catastrofista de nuestra realidad con mezquinos fines políticos opositores. La otra supone reconocer los problemas en su crudo realismo, pero advertir que ellos sólo podrán superarse por el camino de las ideas matrices que han inspirado al actual régimen y no por el de los esquemas que prevalecieron hasta 1970.

Estoy convencido de que la consolidación de una futura democracia eficiente y estable en Chile exige que quienes han si-



do adherentes del actual régimen abandonen el acomplejamiento que hoy afecta a la mayoría de ellos y vuelvan a levantar sus genuinas banderas. Con humildad para rectificar errores, pero con coraje para no ceder las propias convicciones ante mareas adversas.

Sólo ello puede hacer posible la urgente revitalización del Gobierno en sus proyecciones de futuro, que también se requiere indispensablemente para el éxito en tales objetivos.

Jaime Guzmán,  
"La Segunda"